

Alberto Cardín: textos etnológicos

Guillermo Alonso Meneses*

Diré, para no engañar a nadie, que el presente artículo, "tiento etnológico" arquitectado y construido en forma de breves reseñas en los trabajos disciplinarios de Alberto Cardín, nace con la voluntad de agradecer su magisterio y amistad. Una manera más de reconocer la entereza del pensamiento y la actitud vital de Alberto. No negaré, tampoco, que hacerlo en "Luego" resulta entrañable, y más placentero acaso.

El conjunto de las publicaciones de Alberto Cardín posee una variedad genérica y estilística poco habitual (poesía traducción, ficción narrativa, ensayo investigación, etc.). Eso, junto a la calidad alambicada de sus multidisciplinarios conocimientos, hacen de la obra una de las aportaciones más imaginativa, singular y lúcida del universo cultura Hispano (muy pocos -tal como lo hizo él- han sabido recrear y sentir tan íntimamente la lengua castellana). Por desgracia el sida nos apartó de él, pero es mucho lo que nos dejó, y tanto su recuerdo como las huellas de sus textos, son referencia obligada para quienes sufren la impostura y el compadrismo que nos rodea. Al respecto, Cardín demostró una seria voluntad crítica con las añejas o novísimas formas culturales que no aportaban nada. Ahí están sus escritos para demostrar su labor crítica desarrollada (con vocación, criterios y argumentos) y no simulacros para currículum, y demás pirotecnias académicas. La sensibilidad y tolerancia intelectual demostrada, que molesta a más de uno, quedó expresada en un trabajo coagulado en letra impresa, que puede llegar a apabullar, o, cuando

* Guillermo Alonso Meneses es antropólogo

menos, a dejar en evidencia a intermediarios y sacerdotes de la cultura ibérica, amén de la caterva de docentes universitarios ineptos. La naturaleza de la obra de Cardín y la voluntad con la que fue gestada son problemas ya de por sí sintomáticos. Para contextualizarla y matizar su ubicación generacional, recordar que cursó estudios en las Universidades de Deusto, Salamanca y Oviedo, donde se licenció en la especialidad de Historia (1972). Ello ya le vincula a nombres tan caros a la antropología como Ramón Valdez del Toro, Aurora González Echevarría o el mismo Gustavo Bueno. Más tarde marcharía a realizar un año de estudios de posgrado en antropología, en la Universidad de Toronto, llevando a cabo por ese entonces una investigación sobre las formas de homosexualidad primitiva, bajo la dirección del profesor Eric Schwimmer (cuya obra *Religión y cultura* sería traducida por Cardín más tarde en Anagrama). El trabajo no sería presentado para la obtención del M.D. pero lo publicará años más tarde bajo el título *Guerreros, chamanes y travestís* (Tusquets, 1984; 1989). En 1978 obtenía la licenciatura de grado con la tesina *Nudos de etnología y psicoanálisis*, donde se constata su conocimiento de la obra de Lacán y Lévi-Strauss, que además marcará buena parte de sus escritos etnológicos. En 1982 se incorpora a la docencia universitaria y en 1990 lee la tesis *Dialéctica y canibalismo* en la Universidad Autónoma de Barcelona (al igual que la tesina).

Paralelamente a lo dicho hasta aquí, hay que hacer obligada mención a sus méritos extra-académicos, para dejar apuntalada la contextualización de la obra y la peculiar naturaleza que la conforma, pues sus textos hay que entenderlos en estrecha relación a su andariego currículum. Así, desde 1974 colabora habitualmente en prensa marginal (Revista de Literatura, La Bañera, Ajoblanco, Diwán, Síntoma, El Viejo Topo, etc.) o, prensa diaria de difusión nacional (El País, Diario 16, La Vanguardia, El Mundo, El Independiente, etc) o regional (La Nueva España, Diario de Mallorca, etc). Además tradujo centenares de textos desde el inglés y el francés; a autores como Lévi-Strauss, Víctor Turner, B. Malinowski, J. Frazer; D.H. Lawrence, R.F. Burton, etc. A todo lo cual habría que añadir la edición, revisión y dirección de colecciones (verbigracia, la serie de Antropología para Júcar Universidad; la colección Rey de

Bastos en la editorial Laertes; la colección Biblioteca de la Editorial Altafulla; la colección Historia de las Religiones en la Editorial Muchnik, etc.) y un largo etcétera. Dadas estas claves, creo que ya podemos tirarnos al mar.

El inicio de una lectura de la producción etnológica de Alberto Cardín puede comenzarse perfectamente por los artículos con los que contribuyó, en la obra editada por Ramón Valdez del Toro *Las razas humanas* (CIESA, 1980, 4 volúmenes). En ellos, no sólo demuestra una competencia etnológica y el conocimiento de las lecturas adecuadas -algo que chocaba en alguien que aún no pertenecía a la docencia universitaria-, sino que además, toca con pericia un repertorio de temas clásicos de la antropología: ritual, economía, religión, simbolismo, etc. Estoy pensando en los artículos *El hombre y el mar en Polinesia*, *El rey adivino shilluk*, *Cría nómada de ganado, Asia sudoccidental islámica* y otros, hasta un total de quince. Sin olvidar aquellos en los que aborda el análisis de todo un país. Me refiero a los correspondientes a *Indonesia*, *Madagascar*, *Corea*, *Japón*, etc. En ellos se entrevé ya una de las virtudes de su trabajo: el estar bien informado y documentado, que junto a las sugestivas perspectivas analíticas y la elegancia en la exposición, redondean su sello peculiar. También se hace evidente su resistencia a especializarse o a centrar la atención en una parcela concreta de la disciplina. Esto lo veremos más claramente en los posteriores tientos etnológicos, pero en la enciclopedia que nos ocupa (en la que intervienen un buen elenco de antropólogos españoles), la diversidad y calidad de su contribución -repito, de alguien que no era un funcionario de la antropología- supone su aparición y reconocimiento como etnólogo.

Movimientos religiosos modernos (Salvat, 1989; 1986) es quizá su obra menos heterodoxa, por cuanto aborda el fenómeno de las sectas, sometiéndolo a un análisis global, y yo añadiría que exhaustivo en la medida de sus posibilidades. Hay que tener en cuenta que al pertenecer a la colección Temas Claves de Salvat, la estructura del libro viene impuesta, lo que obligaba a limitar la extensión de los capítulos o a respetar la lógica interna que caracteriza los libros de la colección. Así, con un tratamiento conciso y una argumentación sintética, contextualiza el fenómeno de las sectas dentro de la

dialéctica de los contactos de la cultura occidental con el resto de las culturas exóticas. Lo cual le permite recrear las distintas configuraciones de las sectas, tanto en un plano de distribución geográfico cultural como de desarrollo histórico. Cardín sondea en la problemática de los contactos interculturales y en las fallas de la cultura occidental; recuerda las relaciones entre etnología, contracultura de los años 60 y las sectas. Capítulos como *El equívoco ilustrado*, *Etnología y mala conciencia* u *Occidente: el supermercado espiritual* demuestran la capacidad interpretativa del enfoque comparatista etnológico. Por lo demás, el lector acaba disfrutando de la lectura que se hace de la cultura occidental en sus contactos con lo exótico, siempre al hilo del fenómeno que se aglutina bajo la etiqueta de sectas. Sin pretender agotar el tema, lograr dar una visión inédita, sin herencias ni adherencias tópicas, tan habitual en la bibliografía que se nos presenta como especializada.

En 1984 publica *Guerreros, chamanes y travestís* (Tusquets), del que ya dijimos que había nacido como un trabajo realizado de cara a la consecución del máster. El subtítulo es más elocuente: *Indicios de homosexualidad entre los exóticos*. Llama la atención, de entrada, la compartimentación del libro en tres bloques, que, como él advierte al lector, se presta a diferentes combinaciones de lecturas. La introducción, de carácter teórico y acompañada por un enjundioso aparato de citas, la convierte en un ejemplo extraordinario de la manera de investigar de Alberto Cardín. Encontramos referentes epistemológicos, teóricos y gestos metodológicos de la forma en que se conducía; el material sobre el que trabaja es bibliófilo, y no es difícil localizar su ramalazo estructuralista perfectamente ensamblado a concepciones simbolistas; Lacán, Lévi-Strauss, Foucault, Víctor Turner, aunque este último pudiera parecer contradictorio. Nos plantea la complejidad, confusión y equívocos que hay que tener en cuenta, vista la experiencia etnográfica sobre el tema. Desde una adecuada conceptualización, que ya planteó problemas en el seno de la cultura occidental, hasta la confusión que conlleva la radical relatividad de las costumbres si no se está alerta, Cardín elabora un acertado marco de referencia. La mejor síntesis que se podía hacer del prólogo, la facilita él mismo, cuando concluye: "Las sociedades en general, incluida la nuestra, aceptan o rechazan la homosexualidad en

la medida en que puede categorizarla, y en esa misma medida la homosexualidad deja de ser un problema sustantivo para convertirse en un simple caso de los problemas de categorización del imaginario sexual, que distribuye en cada sociedad el camp fungible y verbalizable de los comportamientos simbólicos" (p. 49).

Ilustrar lo teorizado en el prólogo, lo consigue mediante la compilación de pasajes entresacados de una meritoria selección de textos, que bajo el apartado de guerreros, chamanes y travestís, explicitan o presumen el valor cultural dado al contacto homosexual en según que cultura. El tono del libro es distante y crítico, con una clara voluntad comparatista, siempre presente en la obra, por ser una de las funciones que le confieren identidad a la labor del etnólogo. Los agradecimientos e imprecaciones con las que cierra el libro, es una manera de tomarles el pulso a la situación académica de la antropología por medio de la anécdota, la crítica irónica a las inevitables situaciones mezquinas y absurdas, que aún hoy en día lastran la antropología española.

Tientos Etnológicos (Copistería de Bellas Artes, 1986; Júcar, 1987) supone una rara contribución a la antropología (lo cual le ha permitido afirmar a muchos antropólogos que eso no era antropología). Posturas miopes a un lado, lo cierto es que es una obra rica y sugerente. Invita al etnólogo a desarrollar una labor a la que no se estaba acostumbrado en España -o no se quería estarlo, sencillamente por la comodidad que da el ser titular de una plaza-, inaugurando una alternativa de actuación. El libro es una compilación de artículos, disímiles en su naturaleza y temática, que suponen una manera de quehacer etnológico marginal. Los *Tientos Etnológicos* son escenarios de reflexión y análisis, en los que Alberto Cardín desplegaba una extraordinaria variedad de recursos trans o interdisciplinarios, donde se abordar problemáticas como la aplicación de la perspectiva *etic/emic*, las relaciones entre psicoanálisis y antropología, literatura de viajes, reseñaciones de libros o reseñas, intervenciones en prensa sobre temas puntuales, manifestaciones de lo religioso, etc. El libro ofrece la oportunidad a unos escritos, que, a partir de un origen disperso en el tiempo y en el espacio textual, encuentran una excusa para mostrarse en conjunto. La coda final, de

una profundidad y riqueza teórica ejemplar, contribuye a darle sentido y complejidad al conjunto de la obra. La cual refleja la activa voluntad de un proyecto constructivo y crítico, llevado a cabo con los recursos propios de la etnología, para intervenir en la propia cultura, en la propia disciplina. Alberto Hidalgo Tuñón ha realizado un minucioso análisis del libro, que si bien logra aciertos puntuales, el haberlo realizado desde una postura filosófica materialista (valga la nomenclatura), le hace fallar la puntería. No obstante forma parte de las relaciones cordiales que Cardín mantenía con el "materialismo ovetense", que nos remite a la obra de Gustavo Bueno *Etnología y utopía*.

Las consideraciones que Alberto Cardín hace en la coda o epílogo, no tienen desperdicios. Desde su consideración de la antropología como una disciplina dialéctica, la dimensión dada al concepto de cultura, el papel de lo histórico y la forma de dar cuenta del cambio cultural, así hasta un total de 17 tesis, todo ello viene a constituir una concesión que permite esclarecer sus movimientos. Sea como fuere, la obra, no sólo fue recibida en su día con críticas aquilatadas, sino que supuso una de las aportaciones teóricas más radicales del pensamiento etnológico de aquí. Puede parecer exagerado -o sonar a cumplido- pero el libro abre a los antropólogos unos horizontes de actuación y reflexión, una pauta de conducta, que se está valorizando cada día más, a medida que el rol tradicional del etnólogo o antropólogo se deslava, en proporción directa a la disolución de sus objetos de estudio tradicionales.

Por último comentaremos, para ir acabando, *Lo próximo y lo ajeno* o lo que es lo mismo, *Tientos etnológicos II*. El libro contiene artículos de una madurez y belleza inmarchitables. En el prólogo nos señala los síntomas que caracterizan el estado clínico de la antropología sociocultural, y redondea una propuesta que ya estaba implícita en su anterior obra, el antropólogo como crítico cultural. Una invitación a asumir responsabilidades y ampliar el compromiso, sin que ellos implique renuncia alguna.

El problema de lo exótico o las últimas propuestas de la antropología postmoderna sirven de leitmotiv a los nuevos tientos. Literatura,

filosofía, semiótica, psicoanálisis, etnología, acude a cualquier disciplina para tomar prestado el concepto adecuado, y darle así a sus argumentos la precisión del matiz exacto, lo cual redundaría en una densidad de contenido seria, como en *Mejor lábil que débil*. Artículos tan evidentemente etnológicos -aunque de naturalezas distintas- son: *El bazar de lo raro y de lo lejano*, *Otras citas, otros bárbaros*, *Lévi-Strauss: el maestro en su custodia* (una entrevista para no olvidar, hecha al gran maestro francés) o *El canibalismo azteca: una confutación*. Todos constituyen una prueba más de perspicacia y background cultural. Leer *Una cierta sensación de fin*, *Signos de los tiempos* o *La frágil fama del futuro*, deberían bastar para demostrar la hondura vital, el vigor intelectual y la sensibilidad creadora, no ya de un etnólogo o antropólogo, sino del tipo de persona ideal que cualquier cultura con dos dedos de frente sabría apreciar.

Ya viene siendo hora de desembarcar. No hemos hablado de libros de ensayo del tipo *Como si nada* (Pretextos, 1980) u otros en los que participó como compilador o editor: *La revolución teórica de la pornografía* (Ucronía, 1977, junto con F. Jiménez Losantos) o *SIDA: enfoques alternativos* (Laertes, 1991) u otros. El espacio no daba para mucho, y lo aquí reseñados constituyen lo más significativo de su producción como antropólogo. No hemos querido profundizar en cuestiones teóricas para no caer en disquisiciones inútiles, simplemente avisar y dar alguna que otra seña, algo vaga, para ordenar y ubicar la obra. La crítica que se le puede hacer a su status de antropólogo es no que realizó un trabajo de campo, tal como marcan los cánones de la etnología académica. Quizá sí, pero desde luego su obra no es de gabinete. Es cierto también que la singularidad de sus libros no los convierte en arquetipo a imitar, pero no es menos cierto que más adelante, el estilo *tiento* será una fórmula a la que se recurrirá. Aquellos que piensan que se construyó una concepción de la etnología a su medida, da la casualidad que son los que albergan el sueño reaccionario de encontrar una tribu perdida, allá por alguna selva del sur subdesarrollado y tercermundista, y lograr algún día la exclusiva etnográfica. Desechar la estrategia de Alberto Cardín supondría, a medio plazo, condenar la antropología a un rol trasnochado y mojigato, o lo que es peor, a ser ignorada.

